

Páginas Escolares

REVISTA DE LOS ANTIGUOS Y ACTUALES ALUMNOS DEL COLEGIO DE LA INMACULADA

Año XXI.—2.^a Época.—Núm. 40.—Enero 1924

Suscripción 6 ptas. anuales.—Núm. suelto 0,50.—Con licencia eclesiástica.—Gijón, Apartado, 32



AÑO NUEVO. VIDA NUEVA

La nieve caía en menudos copos, cubriendo las calles de la población y la lejana campiña, con su blanquecina capa que como espejo de la muerte extendía su tétrico manto.

Por una oscura y desierta calle, arrimado a las viejas paredes de una abandonada casa, y cogiéndose con todas las fuerzas que sus helados brazos le permitía, con el paso vacilante, y gimiendo de frío hambre y cansancio, un niño de 6 a 7 años de edad, que tenía ya en su inocente cara marcado el hondo surco del padecimiento y la desgracia, caminaba sin saber a donde; solo en su pálido rostro y su apagada mirada se podía leer que donde caminaba era a su muerte no muy lejana.

Por todo abrigo llevaba unos pantaloncitos remendados, apenas cubiertos por una vieja blusa, los pies descalzos dejando ver sus descarnados dedos, que amoratados por el frío mas bien parecían un manojo de huesos; gemía y volvía la cabeza repetidas veces al cielo, como para esperar algo que nunca venía.

Por fin sus tiernas piernecitas se rindieron al peso del cuerpo, y no pudiendo más, dobló sus rodillas y cayó entre la nieve, que recogió su cuerpo para cubrirle con su mortecino ropaje.

La calle desierta y tranquila no dejaba oír mas que el leve ruido que producían los copos de nieve al caer; presto se oyeron lejanas voces de cantantes, y después por una bocacalle desembocó un pelotón de alegres jóvenes, que entregados todos a los vapores de Baco pasaban sus acostumbradas juergas por última vez en el año.

Las voces se fueron acercando, y se vió un grupo de seis o siete jóvenes, todos bien vestidos, que acompañados por cuatro músicos callejeros se dirigía en la dirección en que el infeliz había caído. Al pasar junto a él uno de ellos tropezó, y al inclinarse para ver el objeto, que había motivado su tropiezo, distinguió al pobre niño, que tendido en la nieve estaba con los ojos cerrados, y en apariencia de dormir; le levantó la cara para verle mejor, pero al mirar su semblante pálido y su harapienta ropa, dándole un empujón dijo con voz despreciativa: *un golfillo*.

El niño con el empujón despertó, y creyendo ya encontrar lo que tanto había reclamado dijo con tierna voz: *pan, por favor pan, que me muero*; y calló esperando el mendrugo, pero una vez más se vió despreciado por el joven que le dijo: *déjate de pan, no estamos ahora para pan, a gozar que es el último día del año*; y, dando un grito, que mas bien parecía salido de la boca de un salvaje, se alejó corriendo para alcanzar a sus compañeros, que ya habían doblado la esquina.

El infeliz niño al ver que no conseguía nada, cruzando sus manecitas sobre el pecho empezó con voz entrecortada el Ave María y una jaculatoria que era la única herencia que su madre muerta días antes le había dejado; después añadió: *madre mía, yo no quiero vivir en esta vida donde todos son miserables y me niegan un pedazo de pan; ahora que es año nuevo llévame a otra vida nueva*; y cayó en la nieve por segunda vez para no levantarse más, cubriéndose con sus manitas la cara, y pasando de esta vida de miserias a otra nueva.

Por un momento turbó el silencio de la calle la campana del reloj de la vecina iglesia, que con lúgubre acento tocó la última hora del año; y poco después se oyeron pasos y se vió un bulto, que, dando tumbos venía por la acera de enfrente, cantando con aguardentosa voz; año nuevo vida nueva, la última copa del año.

MANUEL GARCÍA LAMBARRI.

Alumno de 4.^o de comercio.—Gijón

Nuestra última reunión

Como era de esperar resultó espléndida y animadísima ya desde las primeras horas de la mañana del domingo 16 de diciembre, día en que la celebramos, conformándonos en todo con acuerdos tomados en asamb'leas anteriores. A la hora de la misa había ya más antiguos alumnos recorriendo las galerías del Colegio que los reunidos otros años en ocasiones análogas.

La Asamblea

Leída por el señor Secretario el acta de la sesión anterior y aprobada por unanimidad se pasó a tratar de los asuntos importantes que figuraban en la orden del día.

Le situación económica

De la A. A. A. según el estado de cuentas presentado por el señor Tesorero, no puede ser más próspero ya que el balance de este año arroja en nuestro favor un saldo de 14.362 pesetas.

Los actos realizados

Durante el año 1923 denotan una vida exuberante. Se ha continuado el cursillo de conferencias, se ha procurado dar gran esplendor a los actos celebrados el día de la reunión; por el cuadro escénico de la A. A. A. se representó con toda brillantez y con el mayor acierto el grandioso drama misional «*Volcán de Amor*». Seguimos como en los años anteriores sosteniendo cuatro becas, de las que gozan dos, hijos de antiguos colegiales y dos antiguos alumnos.

Las ejercicios en retiro

Promovidos por la A. A. A. se han dado tres tandas para caballeros en la Casa de ejercicios de Celorio; el fruto recogido no puede ser más consolador y de lo agradable que para los ejercitantes resultó la estancia en aquella casa, da buena idea la frase pronunciada por nuestro digno presidente al tratar de este punto en la asamblea, recomendándoselos a los asistentes, Decía con gracia don Carlos C. Jovellanos: «Todos los que fuimos el año pasado todos seremos reincidentes todos, seguiremos yendo este año y los venideros.»

La Federación

Tiempo ha que en Valencia se acordaron las bases para la constitución de la Federación, pero desde aquella fecha ya remota, pues se refiere al año 1921, no se había dado un paso por ponerla en marcha. Ahora parece que muy pronto será una realidad ese común anhelo de todas las Asociaciones de Alumnos Antiguos, para bien de todos los

excolegiales y muy en especial para bien de los que acuden a la Corte a hacer sus carreras ya que a esa parte de nuestra juventud va a ser la primera a que atienda mediante Protectorados Escolares. Presentado el proyecto de Reglamento por que ha de regirse, después de discutido fué aprobado y por aclamación fueron nombrados vocales de su Consejo Directivo en nombre de nuestra asociación D. Benito Fuentes Isla, D. Juan Fernández Nespral y D. Gerardo Requejo Velarde. A estos tres distinguidos compañeros les damos la más completa enhorabuena por su nombramiento y dadas sus relevantes cualidades nos prometemos una acertadísima y activa gestión en el desempeño de su cargo.

La nueva Directiva

Según manda el Reglamento de nuestra Asociación de Antiguos Alumnos tocaba este año renovar los miembros que formaban la Directiva y aunque a ello nos resistimos por las simpatías y agradecimiento que sentíamos hacia quienes tanto habían trabajado en el triennio anterior por nuestra Asociación, hubo que obedecer y atenerse a lo legislado y así procediendo a la elección resultó por aclamación la nueva Directiva constituida por los miembros siguientes:

<i>Presidente,</i>	<i>D. Carlos C. Jovellanos.</i>
<i>Vicepresidente,</i>	» <i>Romualdo Alvargonzález.</i>
<i>Secretario,</i>	» <i>Juan Sánchez.</i>
<i>Vicesecretario,</i>	» <i>Constantino Palacio.</i>
<i>Vocal,</i>	» <i>Manuel Vega.</i>
»	» <i>Luis Suárez del Villar.</i>
»	» <i>Gumersindo Junquera.</i>
»	» <i>Victoriano Sánchez.</i>
»	» <i>Ramón G. Coto.</i>
»	» <i>Ángel D. Gil.</i>
»	» <i>Julián Ayesta.</i>
»	» <i>José M. del Campo.</i>
»	» <i>Ángel Alonso.</i>
»	» <i>Eloy Alvargonzález.</i>
»	» <i>Severino Cadavieco.</i>

Telegramas patrióticos

Con ocasión del viaje de nuestros soberanos a Roma y del cristianísimo discurso de nuestro católico Rey D. Alfonso XIII, que tan bien supo interpretar los sentimientos del verdadero pueblo español, nuestra Asociación se creyó obligada a redactar los telegramas, que a continuación copiamos y de los cuales se dió cuenta en la asamblea.

1.º **Dirigido al Mayordomo Mayor del Rey**
En nombre Asociación Antiguos Alumnos

Jesuitas Gijón rogamos comuniquen sus Majestades felicitación entusiasta fausto viaje, coronado brillantísimo éxito religioso patrio. Identificados españolismo cristiano manifestado gran monarca, testimoniamos adhesión inquebrantable.

*Presidente,
Junquera.*

2.º Secretario Reina María Cristina

En nombre Asociación Antiguos Alumnos Colegio Jesuitas rogamos comuniquen Su Majestad Reina María Cristina felicitación entusiasta viaje Augustos Hijos, coronado éxito religioso patrio.

*Hazañas gran Hijo debidas virtuosa madre.
Presidente,
Junquera.*

3.º Presidente Directorio Militar

En nombre Asociación Antiguos Alumnos Colegio Jesuitas felicitamos Excmo. Presidente Directorio Militar feliz viaje coronado éxito religioso patrio.

Aplaudimos labor patriótica realizada Directorio.

*Presidente,
Junquera.*

Las contestaciones a estos telegramas son las siguientes:

1.º Presidente Asociación Antiguos Alumnos Colegio Jesuitas

Su Majestad a quien he comunicado su tele-

grama me ordena signifique su agradecimiento por los sentimientos que expresa.

Jefe Superior Palacio.

2.º Junquera Presidente Asociación Antiguos Alumnos Colegio Jesuitas

A V. y a esa Asociación doy muy expresivas gracias por encargo de S. M. la Reina por su amable felicitación.

Secretario, Reina María Cristina.

3.º El señor Presidente del Directorio Militar nos envió por correo estas líneas:

El Presidente del Directorio Militar

Madrid, 4 de diciembre de 1923.

Sr. Presidente de la Asociación de Antiguos Alumnos del Colegio de Jesuitas de Gijón.

Muy señor mío: Quedo muy agradecido a las amables frases que me dirige; ellas me sirven de aliento para perseverar en la ardua labor que me he impuesto con el fin de lograr la regeneración de nuestra querida España.

Repitiéndole las gracias, quedo muy afectísimo s. s.,

P. O.

*El Coronel Secretario
Nouvilas.*

Telegramas y cartas de adhesión

Si no nos hiciéramos demasiado largos en la reseña que vamos haciendo de los actos del día 16 de diciembre, copiaríamos con gusto las cartas y telegramas de adhesión recibidas, y puestos a hacerlo empezariamos por la carta que nos dirigió nuestro bondadoso Prelado el Excmo. Sr. Obispo



Gijón.—Reunión de antiguos alumnos.—En el convite

de Oviedo, a quien nos complacemos en agradecer las afectuosas frases que nos dirige y cuyo anillo pastoral besamos con filial respeto.

Damos asimismo las gracias al Sr. Presidente de la A. A. A., a nuestros compañeros Romualdo Alvargonzález, Angel D. Gil, Jerónimo Ibrán, etcétera etc., a cuantos por correo y telégrafo nos enviaron su adhesión.

La velada de la tarde

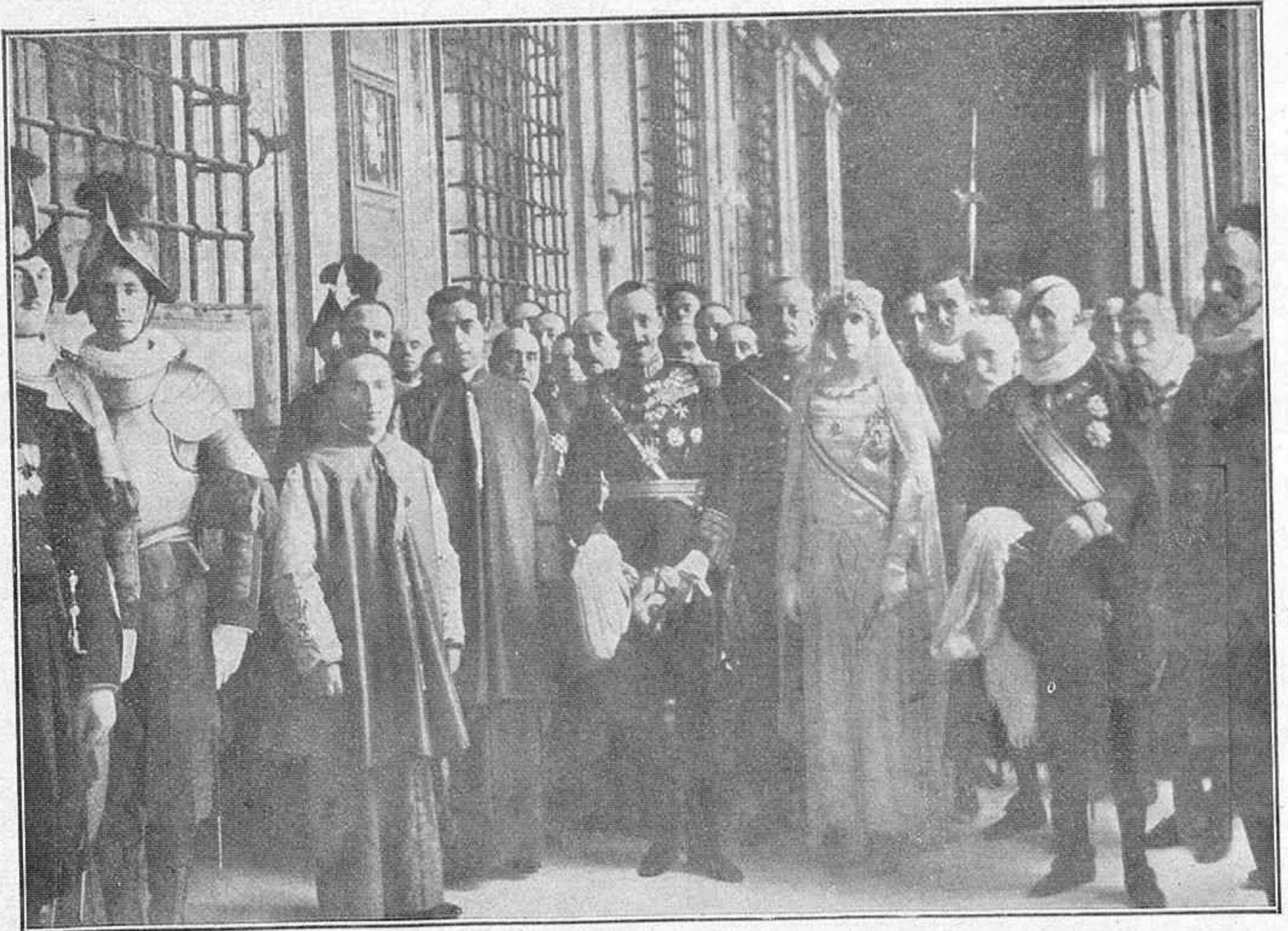
Digno final de tan memorable día fué la velada de la tarde con la que se puso fin a nuestra fiesta. En ella lució sus buenas cualidades de declamador el actual alumno *Eugenio Nava*, interpretando magistralmente la composición poética del P. Constancio Egüía S. I. titulada: «Amor y Vida en el Sagrario». De los oportunos versos de nuestro Presidente *D. Carlos C. Jovellanos* no hay por que hablar, a no ser que pretendamos repetir lo que ya muchas veces hemos dicho en esta Revista, al afirmar que la última composición que se le oye a

él declamar nos parece siempre la mejor.

Muy acertadas fueron también las frases que en su breve discurso de introducción y presentación pronunció *D. Gumersindo Junquera*. Lo que esperábamos con verdadera ansia era el discurso de *D. Santiago Fuentes Pila*. Venía a Gijón precedido de fama de gran orador y a ella correspondió sin defraudar nuestras esperanzas en lo más mínimo. El tema de su discurso fué «*Los deberes sociales de los intelectuales católicos*» y ojalá le hubieran oído todos nuestros antiguos alumnos, tal vez hubiera sido para gran bien de España.

Desde el primer momento supo insinuarse y ganarse de tal modo al público que los oyentes todos estuvimos pendientes de sus labios para no perder ni una sola de sus palabras, que interrumpieron frecuentes y prolongados aplausos.

Enhorabuena al gran orador católico, gloria de los Colegios de Orduña y Deusto, que tan buenos recuerdos ha dejado entre nosotros.



Del viaje regio a Roma. Los reyes en las galerías del Vaticano.

No se ha entibiado la fe de mi pueblo; Santo Padre, ni la mía; pregonándolo está la Consagración que en el Cerro de los Angeles, con aplauso de todos mis súbditos, y la presencia de mi Gobierno, hice de España al Corazón Sacratísimo de Jesús—*El Rey*.

El hecho de que os vanagloriéis de ser soberano de un pueblo a quien ninguno ha superado, como es verdad que ninguno le superó en su adhesión a la fé católica y a esta Santa Sede, nos conmueve y alegra profundamente,—*El Sumo Pontífice*.

MUERTE TRÁGICA



El domingo, 25 de noviembre a las once menos cuarto de la noche, falleció, fracturado el cráneo por un ascensor, el señor conde de Revillagigedo.

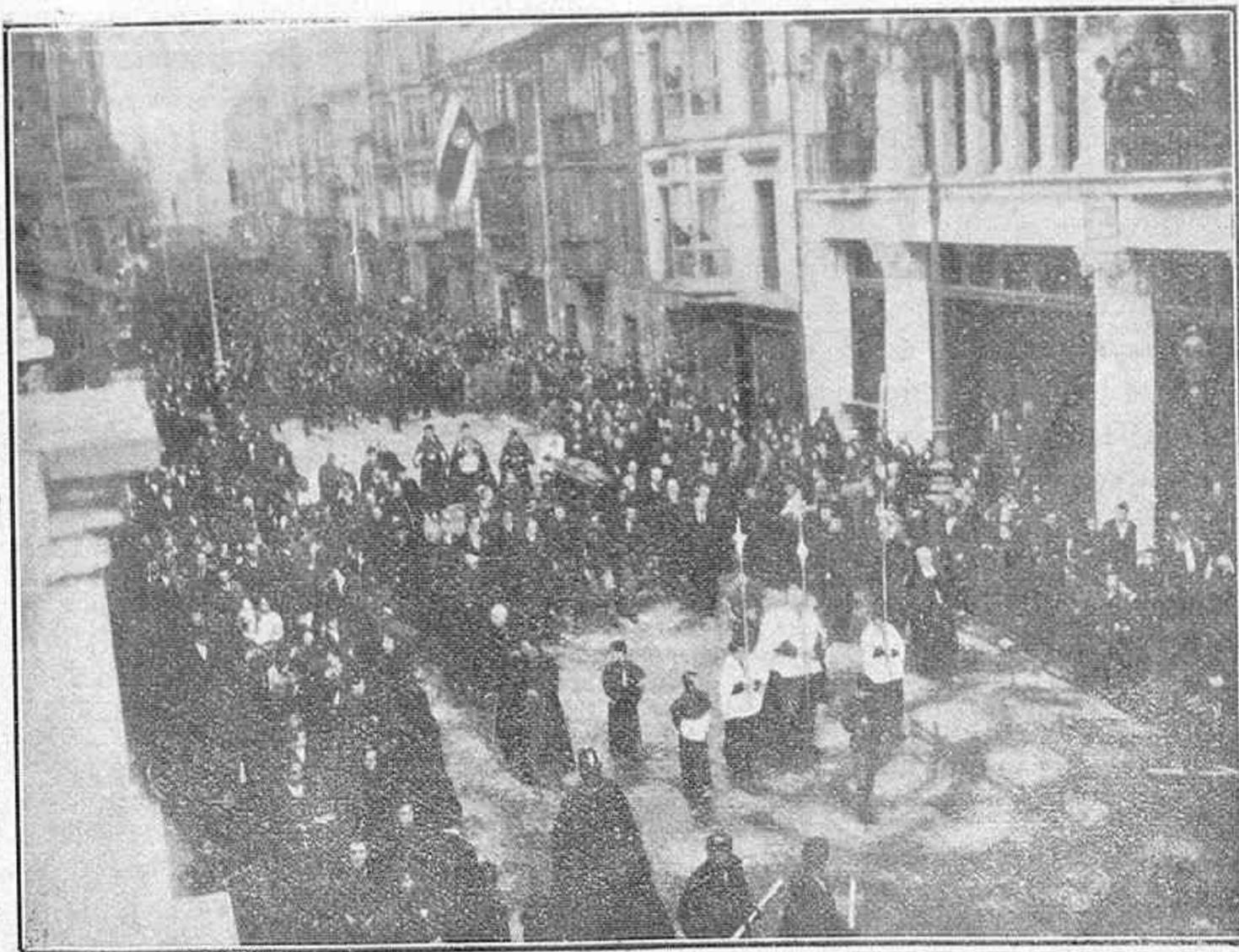
Como de costumbre, por ser domingo, habían ido los condes a cenar en casa de la condesa viuda de Adanero, madre de la condesa, calle de Santa Engracia, número 7, y cuando, ya terminada la cena, se disponían a regresar a su domicilio, el conde se asomó por la caja de la escalera para dar una orden a su chófer, y mientras permanecía inclinado no se dió cuenta de que descendía el ascensor, y fué cogido entre la barandilla y el piso de la cabina, quedando exánime.

Era el conde cristiano ejemplar. Fomentaba en Madrid y en Asturias, donde radicaban gran parte de sus fincas, todas las obras buenas, de piedad y sociales, para las que se solicitaba su concurso; pero rehuía cuanto pudiese resaltar en su exaltación personal y vivía sin ostentación.

D. Alvaro Armada de los Ríos era hijo de D. Alvaro Armada y Fernández de Córdoba (q. e. p. d.) y de D.^a Rafaela de los Ríos y Enriquez, y había nacido el 7 de fbro. de 1896.

A toda su familia, especialmente a su esposa, doña Concepción de Ulloa, y a su madre, la ilustre condesa viuda de Revillagigedo, doña Rafaela, hacemos presente la expresión de nuestro sentimiento por la irreparable pérdida, y rogamos a los lectores de PAGINAS ESCOLARES una oración por el alma del difunto.

El grabado 1.^o le representa con uniforme de coronel de artillería, y el 2.^o la conducción de su cadáver por una calle de Gijón.—R. I. P.



CUENTO DE NAVIDAD

Aquella noche la señá Leandra preparaba para cenar una tortilla de cebolla, mientras el abuelo procuraba entretener a los chicos.

—A sentarse to el mundo, que sos vi a contar un cuento, anunció en esto el tío Alegrias. En las trebedes, no, que te vas a entismar. Levántate tú d' haí, que estás en metá el cisco. Deja quedo ese azafate tú, caguín, que le vas a quebrar. Liandra, empuja pa acá aquel tronco, mujer. Vaya; a sentarse aquí los tres, y a estarse quedos, o se acabó el cuento.

—Agüelo, que no sea como el del otro día, que se acabó a la metá.

—Y que sea bien largo, y que haiga ladrones.

—Vaya, lo qué diga Jeromín, ¿Qué te gusta a tí, Jeromín?

—Un cacho que tenga bien de cebolla.

—El que vuelva a mentar la tortilla, no la cata—gritó alarmado el tío Alegrias, y se apresuró a entrar en materia.—Va a ser un cuento mu májo de Noche Güena.

—Agüelo, ¿es aquél, cuando el negrito, que era un diablo, que levantó el rabo del caballo del rey Baltasar, y...

—¡A callar! Que es un cuento que acaba de salir, y que se llama «*La Noche Güena de Pedro Botero*».

—¡Colle!... ¿Ese que dice mi madre que va a llevar a Jeromín, si da guerra?

—El mismo; y a tí tamién si no te callas.

El rapazuelo se rascó la nuca, y se hizo un ovillo.

—Érase que se era—prosiguió el tío Alegrias, apisonando la pipa—, y el diablillo Salaciones estaba echando la siesta en un estercolero que había a la entrada de Belén.

—Agüelo, el señor Cura dice que el diablo no duerme la siesta.

—Y razón lleva el señor Cura; que aquella fué la última siesta que echó Salaciones y todos los de su casta. Pues había espenzau a roncar Salaciones con el calorcillo del estiercol, cuando pega un respingo, igual que si le hubiera picau una garrapata debajo el rabo. Y es que había sentío por el camino la voz de una señora, que siempre que la oía Salaciones le entraban unos calofríos como de terciana.

—Agüelo, ¿qué es terciana?

—Paecido a lo que sientes cuando te baja tu madre los pantalones.

—¡Colle!...

—Conque Salaciones se puso en cuclillas en metá en metá el camino, y sombreándose los ojos con la mano pa ver mejor, lo primero que atisbó fué a un mozo, que daba gloria el verle, con los andares que traía, y que iba llevando del ronzal a una burra; y en la burra iba sentada una señora, que ¡mas que fuera una reinal, con tos los cielos en la cara, y to los luceros en los ojos; y detrás venía un señor, que paecía un mazapán de güeno, con una vara en la mano, pa arrear a una vaca que traía.

—Agüelo, el año pasau no iba el mozo.

—Pues este año si iba; que se había quedau en cá de Nuestra Señora pa los menesteres de la casa; y era na menos que el Arcángel San Grabiél. Y bien que lo sabía Salaciones; que un día que se fué a asomar por la ventana en cá de Nuestra Señora, pa fisgar lo que había drento, le guipó San Grabiél, y le metió un testarazo con el badil, que le rompió un cuerno. Conque, cuando Salaciones le vió venir, metió el rabo entre las piernas, y se caurrucó mu quedico entre unos zarzales que había a la vera del camino, pa ver si pescaba la conversación; y oyó al señor que decía:

—María, ¿a onde iremos a parar esta noche?

—Dios dirá, José—respondió la señora.

Entonces Salaciones se puso a arrascarse el cuerno que le quedaba sano, pa ver si se ocurría cómo hacerles pasar mala noche; con que metió un poco ruido entre las zarzas; y cuando San Grabiél volvió la cabeza pa ver lo que era, pegó un respingo, y echó a correr por un atajo que lleva a Belén, y se escondió a la entrada del pueblo, pa ver a onde iban; y cuando San José llamaba a una puerta pa pedir posada, se colaba Salaciones como una salación por la chimenea, y se metía en el cuerpo del que iba a abrir la puerta; y cuando iba a contestar, se asomaba por el garguero y espenzaba a gritar: «No hay posada, no hay posada»; y así en toos laus; de modo y forma que los pobrecicos tuvieron que dirse al portal de Belén, que ni pa tenada de ovejas valía.

Conque Salaciones se quedó tan orondo con la maldá que les había hecho, y cuando los vió marchar, se tocó las narices con el dedo gordo, y les hizo asín...

Pero no se atrevió a arrimarse al portal de Belén, porque ya sabía que San Grabiél gastaba malas pulgas, y se la tenía jurada; asín que se encaramó en una encina dende aonde

podía acechar la entrada del portal. Y dende allí vió a San Grabiél, que ataba la burra y la vaca, y ponía un poco paja en un pesebre, y después que tapó cuatro o cinco abujeros que había en la pared del portal, se puso unas vestiduras más blancas que la nieve y más relumbrantes que el sol, y se salió del portal y echó monte arriba.

—Esta es la mía—dijo pa su pellejo Salaciones, y en cuatro brincos se puso a ocho varas de la puerta del portal.

Pero San José que tenía güen olfato, pescó en seguida el olor a azufre; y como era güen carpintero, hizo en un santiamén una cruz de madera, y va y la planta a la puerta. Salaciones que ve la cruz, prende a correr pior que si le persiguieran una cuadrilla de San Grabieles; y al pasar por delante de una majada de ovejas, oyó a San Grabiél, que cantaba allá adrento; y la letra del cantar, decía: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de güena voluntad».

Le chocó a Salaciones aquél cantar, porque no le había oído nunca; y le metió un susto, que le entró un calambre en una pata; de modo y forma, que se cayó de bruces, y acertó a dar contra un morrillo, que le quebró el cuerno que le quedaba; conque quedó escornau del todo.

—Agüelo—saltó Jeromin, todo ojos—que salga San Grabiél y le pille, ahora que no pue correr.

—No, que entonces se acababa el cuento, y falta un poco entavía—replicó el tío Alegrías, mirando de reojo a la sartén.

Conque Salaciones se levantó como pudo, y se arrimó renqueando a la tapia de la majada, cuando San Grabiél estaba diciendo a los pastores: «Alegrarse, que ha nacido el Salvador pa vosotros y pa to el mundo; y las señas son: que encontraréis a un ricién nacido, liau en unos pañales y acostau en un pesebre».

A Salaciones se le pusieron tos los pelos del pellejo como los de un erizo, y le entró un temblor como si tuviera azogue; y espenzó a rezongar: «Ya decía yo que de aquel portal no podía salir cosa güe...» No pudo acabar Salaciones, porque vió a San Grabiél que salía por encima de la tapia, volando por los aires; asín que se olvidó el calambre, y prendió a cuatro pies echando chiribitas hasta dar de bruces contra la puerta del infierno; y como iba tan apurau, se coló por la gatera en sin esperar a que abrieran la puerta, y se tiró de bruces a los pies de Pedro Botero, que estaba acabando de freir los solomillos de un republicano.

Pedro Botero que le ve de aquella facha, pega un berrido. y dice:

—¿En sin cuernos y teritando? ¿A onde están los cuernos?

—Señor, me se han perdío.

—¡Te se han perdío! ¿Y porqué teritas?

—Es que me han dau un susto de repente...

—A ver si desembuchas a la carrera, que tié que ser mu gordo lo que a tí te asuste—voceó como una tormenta Pedro Botero.

Salaciones se fué a arrascar el cuerno, según el vicio que había cogido, pero, como dió en el vacío, le faltó la mano y se agarró una oreja.

«EL SIGLO XX»

BAZAR de confecciones para hombre y niño; casa especial en trajes, gabardinas, impermeables, camisas, medias Sport, y otros artículos para colegiales.—SASTRERIA con famoso cortador, etc.. etc.

San Bernardo, 45.—Teléfono, 305.—GIJÓN

—Pues señor, — espenzó Salaciones— aunque su infernal majestá desimule, to ha sido... por... *ella*.

—¿Quién es esa *ella*? To los días me vienes rezongands por mor de esa *ella*, y no acabas de echar el nombre. Pues esta noche lo dices, o te le hago gomitar por la boca el estómago.

—Si señor, si ya lo voy a decir; pero si es que tengo telarañas en el gargüero.

Y el pobre Salaciones espenzó a carraspear igual que si tuviera el gañote en carne viva.

—Pues se llama Mar... Mar...

Y Salaciones estiraba el pescuezo como una cigüeña, y se agarraba la nuez, igual que si se le atragantase algo.

—Agüelo, ¿porqué se atarugaba Salaciones?

—Es que Salaciones era el que se había metido en el cuerpo de aquella culebra que engañó a Eva con la manzana; y Nuestra Señora le había pegau un pisotón en metá la nuez, que dende entonces siempre que quería decir «María», no era quién de pasar de la metá del nombre.

Conque Pedro Botero perdió la pacencia que no tenía y le metió un metido con los cuernos, que el probe Salaciones fué a dar en metá de una tinaja de pez hirviendo que había preparau pa dos liberales que acababan de llegar.

—A contar lo que te ha pasau—volvió a

berrerar Pedro Botero—o no sales d' ahí en jamás de los jamases.

Conque Salaciones espenzó a contarle todo, entre los gorgoritos que tenía que hacer con la pez que se le colaba en sin querer por el gaznate.

—Y ¿pa qué no entrastes en el portal, pa ver en qué paraba aquello?

—Pero, señor—respondió to temblando Salaciones—; si es que me guiparon antes de entrar y pusieron a la puerta un utensilio que me hacía teritar de miedo.

—Lo que a tí te pasó es que ibas apestando a azufre; sois todos unos zánganos; no se pué fiar uno de denguno de vosotros. Lo que está pasando pué traer más cola de lo que tú te maginas. Pero a mí naide me moja el cuerno.

Y en cuatro zancadas se arrimó a una alacena, que tenía un cartel que decía: «*Dinamita fina de reserva*». Abre la alacena, y dimpués de echar una visual a to los cacharros, saca un cántaro, que decía en el réculo: «*Agua de colonia*», y va, y se la echa por la cabeza y se resfrega to el cuerpo; de modo y forma, que no quedó pelo del pellejo que no quedara embadurnau.

—Agüelo, ¿pa qué se echaba tanta colonia?

—Pa quitar el mal olor.

—¡Collé! Pos la hija de la boticaria...

—¡A callar! Entonces va y se pone la levita y los pantalones y el sombrero de cuatro pisos de uno de aquellos liberales, que acababa de entrar; y creendo que naiden le conocía, se va mu decidido al portal de Belén. Pero San Grabiél, que se había quedau en acecho, asín que le ve venir, caló ensiguida quién era por el aire de de sinvergüenza, que no había podido disimular. Conque, prende a correr detrás de él; y como Pedro Botero no estaba enseñau a correr con bragas, no había pasau dos segundos, que San Grabiél le habí pillau por la punta del rabo, y espenzó a darle vueltas por el aire, como si quería tirar a la honda.

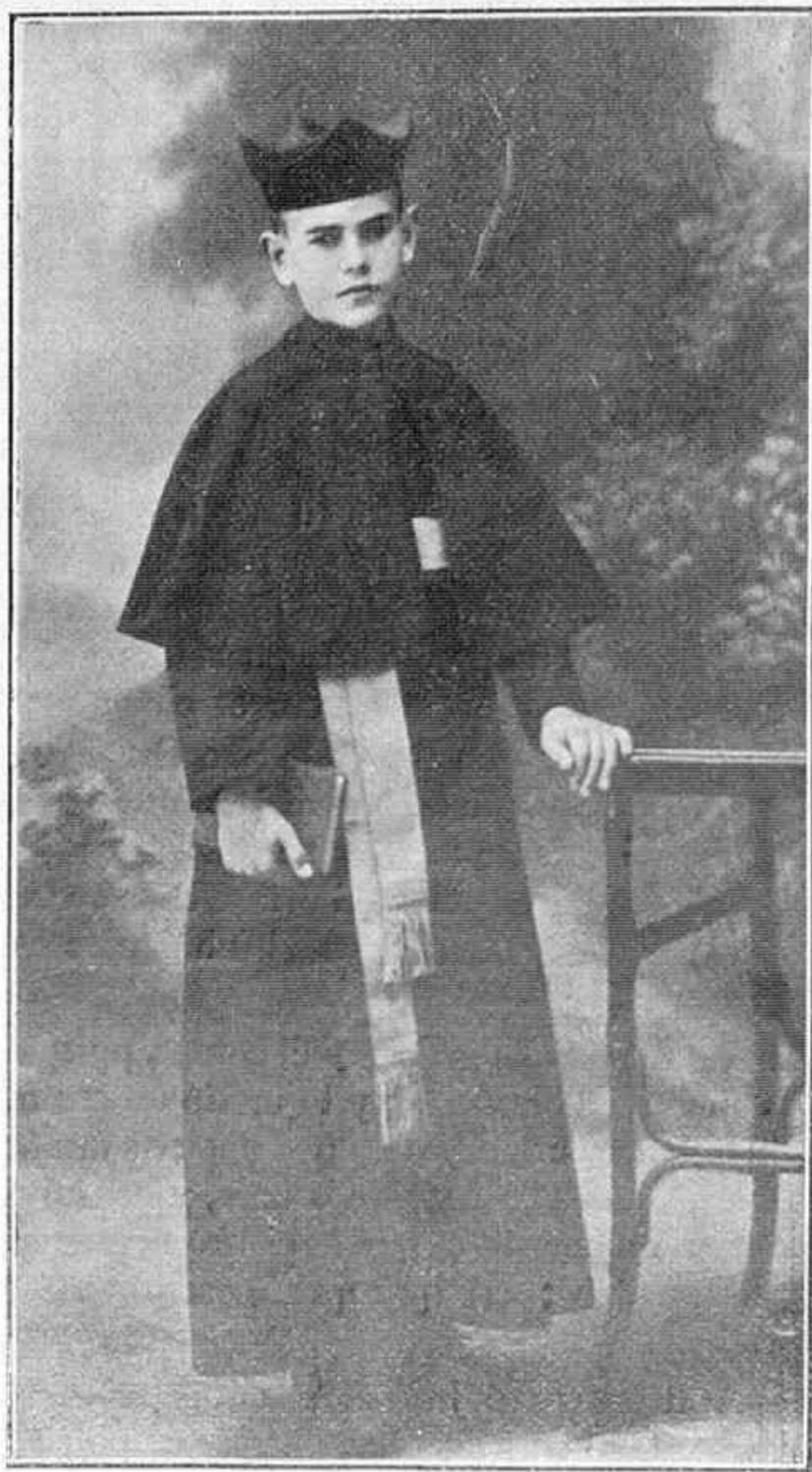
—Suelta, Grabiél—espenzó a chillar Pedro Botero, dimpués del primer cuarto d' hora de zarandeo—; suelta, Grabiél, que ya no volveré más.

Y Grabiél, dale que le das.

—Suéltame, Grabiél, que semos amigos.

Pues por eso te columpio—respondió San Grabiél; y ahora veste a contar a tu cuadrilla lo que te ha pasau, y lo que vos espera.

Y diciendo y haciendo apunta pa el infierno, y le suelta con to el alma. Yo no se si le quedó algo sano al condenau; pa mí que quedó



Salvador Blanco, antiguo alumno, actual seminarista en Comillas.

pa no prestar.

Conque San Grabiél se arrima al ventanillo de la puerta del infierno, y con aquella voz que sabía sacar San Grabiél cuando se ponía, espienza a vocear a los de adrento:

—Se acabó lo que se daba por acá afuera; y prepararse pa lo que venga.

Y sacando una barra y un cerrojo, que pesaban más de mil quintales, va y atranca la puerta.

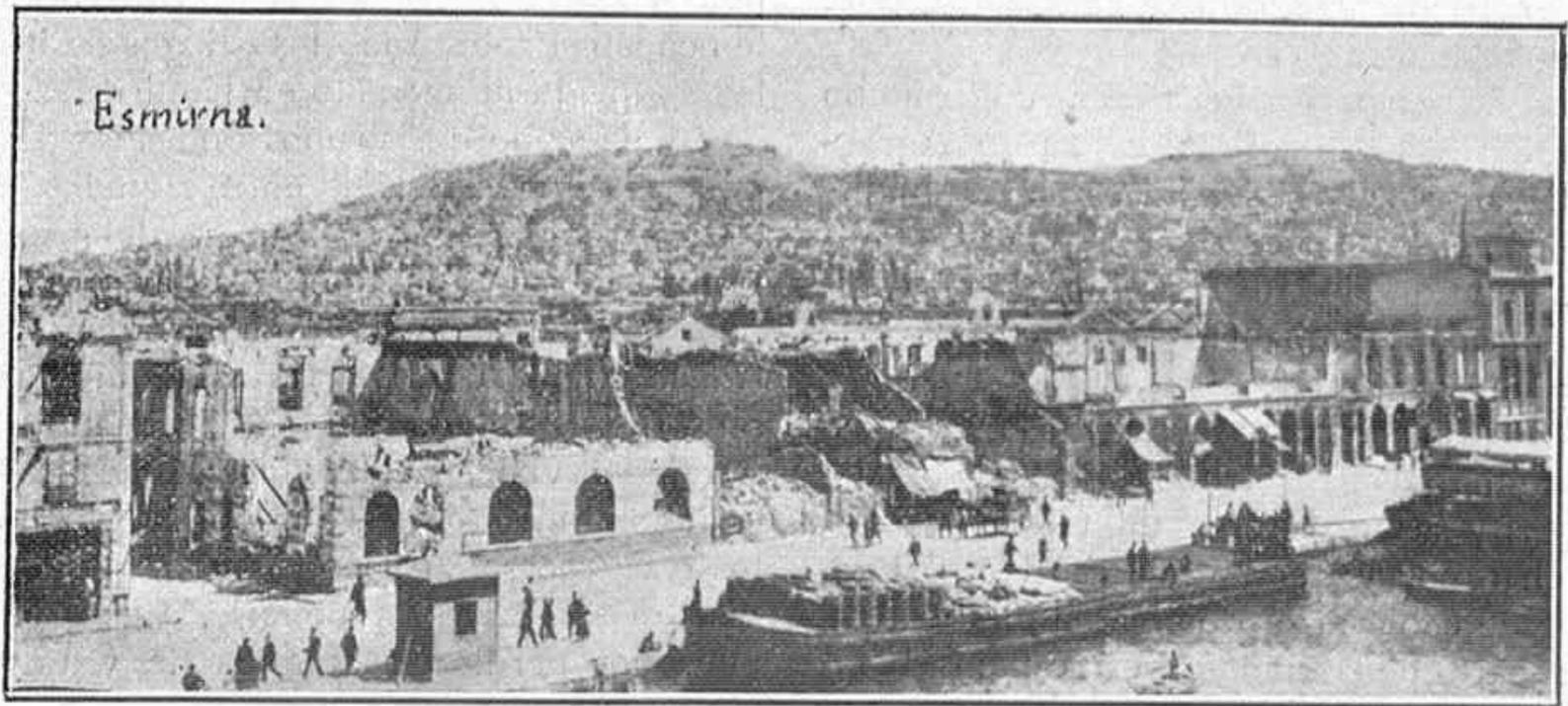
—Agüelo, ¿y no entra ya naide?

—Sí, hijo, sí; entran los que quieren por su voluntá—respondió tristemente el tío Alegrías.

—Padre, ya está lista la tortilla,—anunció la seña Leandra.

Lo mismo digo yo; ya está lista la tortilla;—sólo faltan unos granitos de sal.

A. Galán, S. J.



CARTAS DE ORIENTE

Carta cuarta

ATENAS

Mis queridos amigos, alumnos de Gijón:

El día 22, a eso de las 2 de la tarde, entrábamos en Pireo, puerto como sabéis, de la capital de Grecia. A nuestra derecha quedaba la pequeña bahía de Atenas, ante la cual se adelantaban dos acorazados como centinelas de la ciudad y el reino.

El tren nos lleva desde el Pireo a Atenas en poco más de un cuarto de hora y como no tenemos tiempo que perder, emprendimos inmediatamente la visita de los monumentos antiguos. Comenzamos por el templo de Teseo, probablemente el monumento mejor conservado de la antigüedad. Fué construído en los tiempos de Cimón, y a pesar de no ser muy grande (32 m. de largo, 13 de ancho y 10 de alto), es tal el arte con que está edificado, que su vista produce el efecto de majestad y grandeza extraordinaria. Es de estilo dórico, y se compone de una cella y un peristilo que sostiene un friso y cornisa ornamentadas.

Del templo de Teseo nos dirigimos al areópago. Es una colina escarpada, que se levanta entre el monte de las Ninfas y la acrópolis: aquí tenía sus juicios y sesiones al aire libre el tribunal del areópago; y ante este célebre tribunal, aquí mismo, tuvo San Pablo su famoso discurso sobre el Dios desconocido.

La acrópolis está aún más alta que el areópago, a unos 150 metros sobre el nivel del mar: esta colina encierra los mayores tesoros de la arquitectura griega. Los propileos que dan subida a la roca, a pesar de conservarse imper-

fectamente, producen aún un efecto fantástico, y sorprendente. Ya sobre la altura, nos encontramos a la derecha con el templo de la Victoria sin alas; pero llama enseguida irresistiblemente la atención, la maravilla de la arquitectura griega, el partenón. Este edificio, templo dedicado a Minerva de estilo dórico, fué, como sabéis, decorado por Fidias. Las figuras que aún se conservan sobre los frontones son de una finura sorprendente; pero lo más artístico que tenía, es decir el friso, que corría en torno de la cella, está en el museo británico.

El erecteón, está cerca del Partenón, al lado norte: es de estilo jónico, y lo más notable de él es el pórtico de las cariátides, restaurado hace pocos años. Estas estatuas probablemente de sacerdotistas de Minerva son de una gracia y armonía encantadoras.

Bajamos de la acrópolis pasando primero por el odéon de Hércules Atico, y viniendo a parar al gran *teatro de Dionisio*: nos sentamos sobre aquellas graderías en semicírculo, en aquellas mismas piedras, testigos de la representación de las insuperables obras de Esquilo, Sófocles, Eurípides y Asitófanes.

La mañana siguiente la dedicamos a la visita de los museos y de la ciudad moderna. El museo arqueológico me hizo la impresión de pobre y descuidado: quien quiera admirar las obras inmortales de la escultura griega tiene que ir a Londres o a Roma: Atenas en su museo no guarda sino algunas curiosidades de época muy posteriores al período ático.

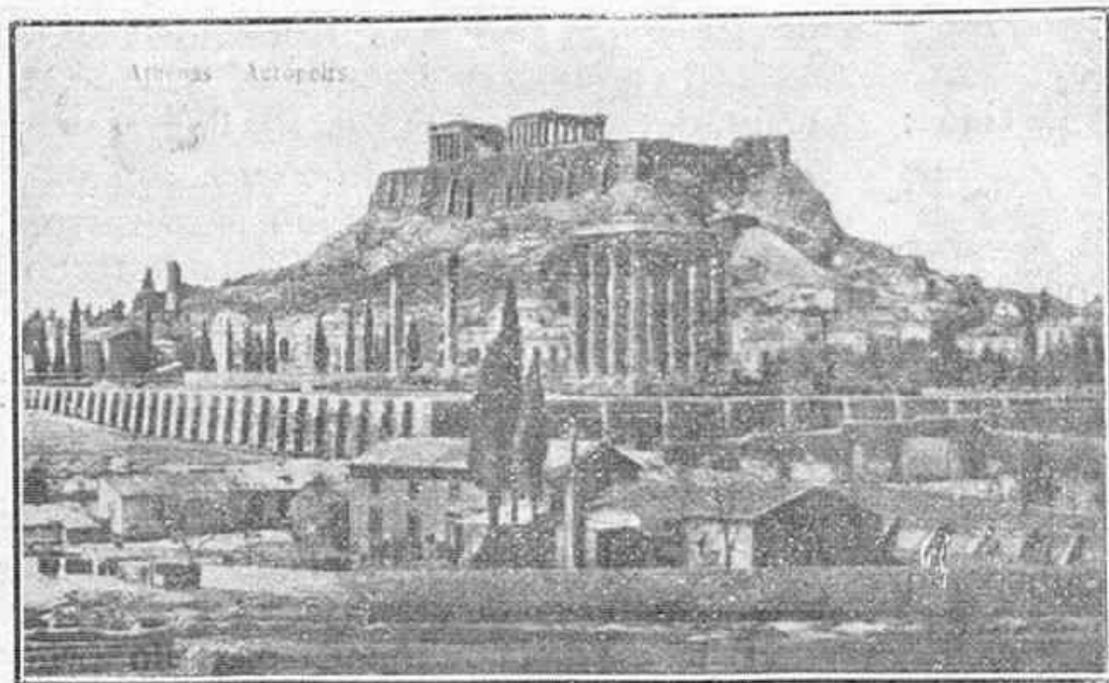
Un recuerdo gratísimo conservo de la visita a la ciudad moderna; es el de la amabilidad exquisita y desinteresada con que los griegos nos atendieron en todas partes. La vida en las calles es animada y alegre; los muchachos nos siguen con curiosidad, y nos guían cuando nos perdemos: entienden nuestras preguntas en

griego clásico, y nosotros sus respuestas, haciéndoles hablar despacio.

A las dos zarpamos del Pireo, con rumbo al imperio de la media luna. El 24 de Agosto nos hallábamos delante de Esmirna. El buque va rozando casi la costa y camina muy lentamente; es porque los turcos sembraron de minas la entrada de la bahía, y no se sabe dónde paran algunas de ellas.

Nuestro vapor apenas anclado, se ve rodeado de numerosas barquichuelas con sus banderas turcas y sus marineros de turbuses rojos, que luchan por acercarse a la escalera del buque. Desde cubierta se domina admirablemente gran parte de la ciudad. Sus edificios blancos apiñados en la falda de una colina, sus melancólicos cipreses, el fuerte que la enseña, las montañas desnudas, la dan un tinte oriental muy marcado.

La autoridad turca ha subido a bordo, y después de mucho tiempo nos dan permiso



para visitar la ciudad, poniéndonos dos condiciones: primera que no se lleven aparatos fotográficos; segunda, que vayamos todos en grupo sin separarnos de la policía que nos acompañará.

Visitamos en primer término la parte destruída. Esmirna se compone de tres barrios; el mahometano, el judío y el europeo: éste último ocupa la parte mejor y en él están, o mejor dicho, estaban los mejores edificios y las embajadas extranjeras.

El aspecto que ahora ofrece es de lo más triste y desolador: las calles están cubiertas de escombros, vigas medio quemadas, hierros retorcidos y muebles deshechos: en algunos sitios es tal la mole que forman, que se hace imposible el paso, y hay que deshacer lo andado para buscar salida. Toda esta región desde el mar hasta lo más alto de la ciudad, es en la actualidad un montón de ruinas; creo que sólo se han reedificado algunas delegaciones extran-

teras y algún hotel junto al puerto. Este barrio le ocupaban sobre todo los griegos de los cuales no quedó ni uno sólo en Esmirna.

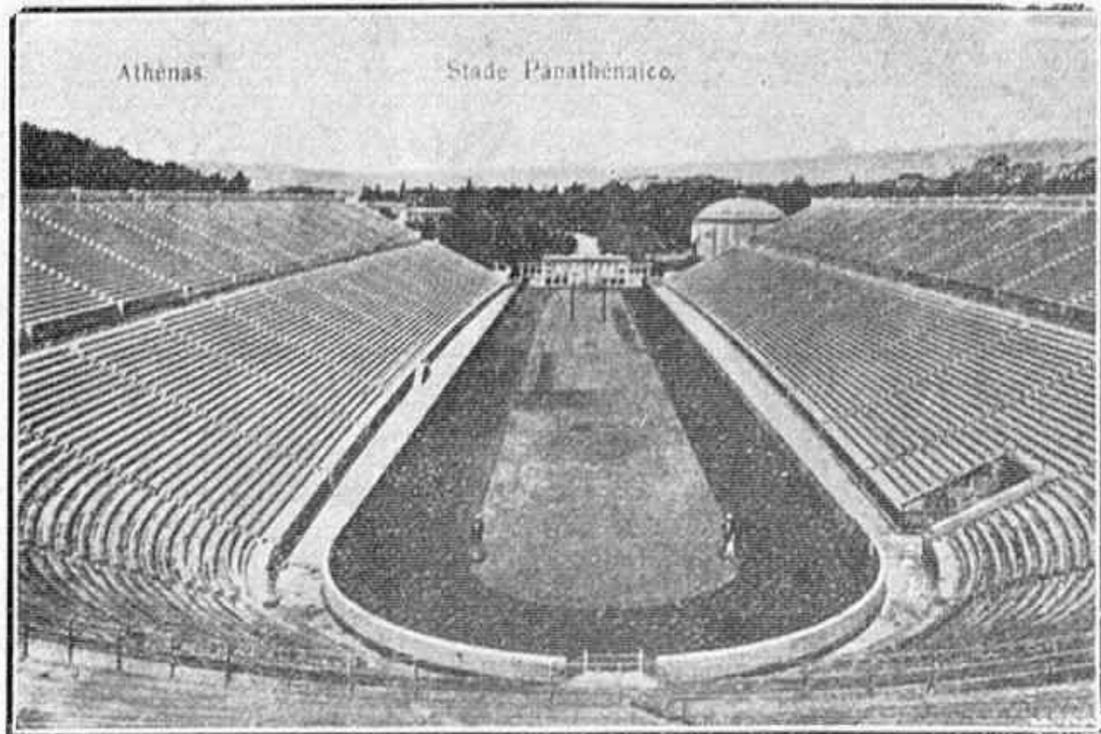
A pesar de que íbamos rodeados de 7 u 8 policías turcos era fácil entre aquellas ruinas burlar la vigilancia y destacarse del grupo que formábamos: yo lo deseaba ardientemente, pues perdíamos mucho tiempo y quería a todo trance visitar la judería. Propuse mi idea a un señor peruano, con quien he intimado mucho durante el viaje, y vi con placer que estaba fraguando el mismo plan que yo. Nos hicimos de los rezagados, y al poco tiempo perdimos de vista a los molestos policías, y por lo visto ellos nos perdieron también de vista a nosotros.

Salimos a la parte habitada de la ciudad y un cochero con quien me entendí en italiano se comprometió por un módico precio a llevarnos donde deseábamos. Atravesando callejuelas estrechas y retorcidas, llejamos a una

más derecha y algo más ancha que las demás, en la que abundan las tiendas y pequeños comercios de toda clase de mercancías. En medio de la calle se para el coche y me dice el cochero en italiano: estamos en la judería; aquí todos hablan español. En efecto: bajo del coche, saludo en castellano a unos chicos que jugaban en la calle.—¿Tú eres español como nosotros?—me dice uno.—No, soy más español que vosotros, porque vosotros sois de Esmirna y yo

soy de España.—¿El, viene de España?—(El quiere decir *usted*). Sí vengo de España.

Ya para entonces había corrido la voz por toda la calle de que había allí un español, y me veo al poco tiempo rodeado de un grupo numeroso de hombres, mujeres y muchachos que me miraban con curiosidad extraordinaria. Una de las primeras cosas que me preguntaron es qué tal van las cosas de Marruecos; les contesté con lo poco que yo sé y me dice uno de los hombres.—«Los moros vos darán que facer, mientras no los peguéis de firme».—¿Tienen Vdes. algún periódico español? les pregunto.—Aquí esta el director del *Mundo*, me dicen señalando a un señor ante cuya casa estábamos.—Ahora mismo le traigo el número de hoy y mi tarjeta, me dijo el director:—y en efecto, al poco tiempo vino con un ejemplar de su periódico: consta de una sola hoja pequeña y está escrito en castellano pero con caracteres hebreos sin puntos masoréticos.



Algunos me invitaban amablemente a entrar en sus casas y tomar alguna cosa. Yo me excusé por falta de tiempo:—*El*, me dicen, debe quedarse aquí mañana (era el día siguiente sábado); es nuestra fiesta, y verá en la sinagoga cómo cantamos: además nuestro gran Papa nos explica la ley en castellano, y casi siempre nos dice algo de España. Y puede también *él* decirnos alguna cosa; añade una mujer.—Yo muestro gran sentimiento en no poder asistir a su fiesta; y entonces un hombre me pregunta:—¿pero *él* es israelita?—No tuve necesidad de contestarle yo, porque otros encarándose con él le respondieron.—Pero ¿no ves que es español de España y clericalista?

El tiempo entre aquella gente pasaba para mí muy divertido; pero se acercaba la hora de zarpar el buque. Me metí pues en el coche y di orden al cochero de marchar hacia el puerto. Entonces uno de los muchachos con quienes primero topé en la judería, simpático y que no se había apartado ni un momento de mi lado me dice: yo le acompaño, le enseñaré de paso algunas cosas de Esmirna, que no ha visto. Rafael, así se llama mi guía, hace pasar el coche junto a la gran mezquita turca. Estaba cerrada, pero en el atrio ante unas ventanas que daban al interior oraban tres o cuatro musulmanes descalzos y sentados en el suelo. No quise entrar adentro, a pesar de que un musulmán vino con las llaves y unas pantuflas para que me las pusiera antes de pisar lugar para ellos santo... Preferí seguir nuestro camino pues la conversación de Rafael me interesaba más que las otras cosas.

¿Tenéis escuela?—Sí tenemos, y en ella estudiamos el

hebreo; y todo lo demás lo estudiamos en castellano. Es una escuela sólo para nosotros los judíos—¿Estudiais la historia de España?—No tenemos libro con que estudiarla, pero el maestro le tiene y nos habla mucho de España.

Los españoles nos iorobaron mucho, pero nos ioroban ahora mucho más los turcos.—¿Cómo así?—Si señor; el día que puedan nos hacen lo que a los griegos. Mira; hoy tenemos todos que guardar fiesta, porque es la fiesta

de los mahometanos; y mañana, sabes, es la nuestra; de manera que el judío pierde dos días a la semana; además a ningún judío se le dá cargo alguno público: y lo saben todos, que los mahometanos nos tiene mucha rabia y que no nos han de dejar en paz.

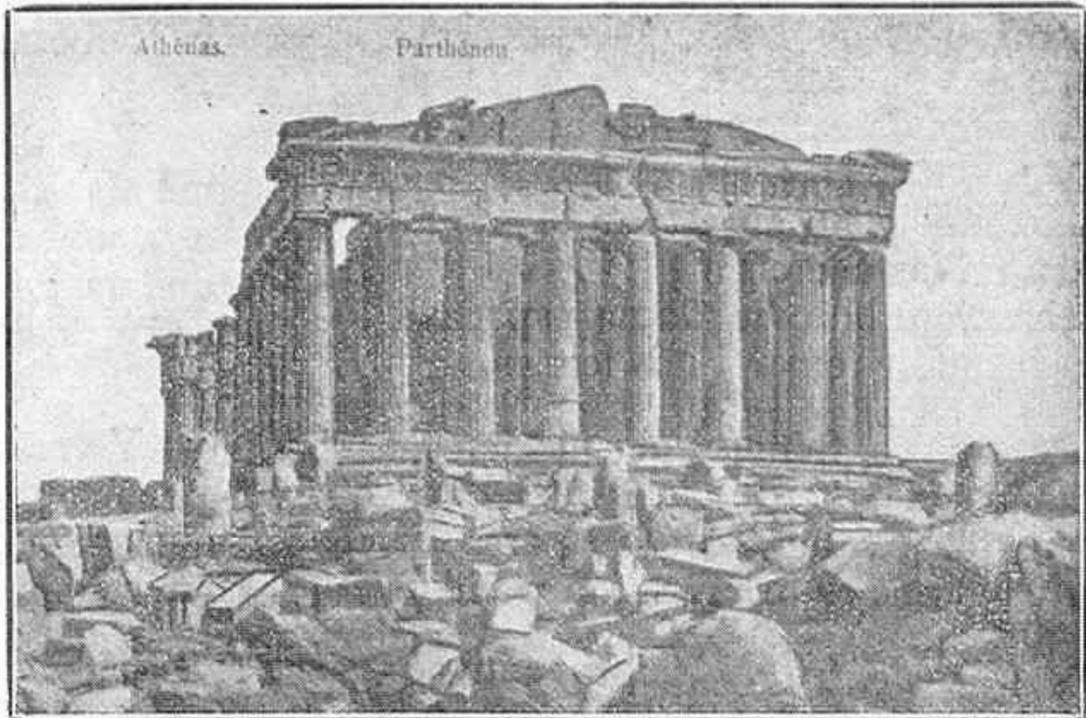
Habíamos llegado al puerto: Rafael no me deja hasta el momento en que la barca comienza a caminar. Me despido de él, y ya algo lejos me grita: Si vuelve V. a Esmirna pregunte enseguida por Rafael Bajar; yo le acompañaré.

A la caída del sol nos alejamos de Esmirna con rumbo a Constantinopla. Desde allí os escribiré.

Vuestro.

Severiano del Páramo, S. J.

Roma, diciembre de 1923. Ya que ha de publicar en su Revista mis cartas, pongo en su conocimiento que estoy en correspondencia con los judíos de Esmirna, amigos míos queridos que no olvido; y ya que me piden cosas y datos de España, ayúdeme con postales etcétera, en colaboración con sus alumnos a satisfacer los buenos deseos de aquella gente...





España a su patrona la Inmaculada

«Virgen Inmaculada»
pase de mí este caliz de amargura;
todos al verme triste y desangrada
me llaman sin ventura.

Permitiste, Señora, que me hiriera
la perfidia sectaria,
y de reina del mundo que antes era,
he venido a ser casi tributaria.

El sol de las victorias nunca brilla
sobre la tierra que tu honor desdora;
no es sombra ya de la que fué Castilla,
la que hoy combate en la africana orilla
contra la hueste mora.

—«*Tu Dios te ha abandonado*»—
me dicen sin cesar mis enemigos:
—*No; les contesto; Dios no me ha olvidado,*
pues siento sus castigos.

No provoquéis su enojo,
mirad pueblos y reyes
los frutos que recojo
del olvido de Dios y de sus leyes.

Me dieron a beber gentes extrañas
el vino del pecado,
y hoy siento que desgarran mis entrañas
los hijos que he engendrado...

Pero tú no quisiste
que corriera a merced de mis antojos
y ante mis pies abriste
ancha sima de zarzas y de abrojos.

Me heriste, y conjuradas
contra mí las naciones
me cercaron, blandiendo sus espadas
para infundir terror a mis leones.

Pero yo sé, Señora, que si hieres,
derramas de la herida
nueva vida y salud, porque tú eres
madre del que es resurrección y vida.

Cuán diferente ahora
soy de la España, que en glorioso día
te aclamaba por reina y por señora
de su nunca vencida infantería.

Bajo tu manto entonces cobijada
me entregaba de gloria a dulces sueños;
hoy no puedo hacer nada
ni siquiera salir de mi morada,
sin que me insulten aún los más pequeños.

Devorando las hieles de mi afrenta
paso las horas del dolor sombrías,
esperando que cese la tormenta
y brille el sol de mis pasados días.

Mas ya ese sol por el oriente asoma,
que el monarca cristiano
humilde acudió a Roma,
a implorar el favor del Vaticano.

Y ese sol seguirá alegre y sereno
disipando las nubes de tristeza,
que han empapado de dolor mi seno
y han cubierto de espinas mi cabeza.

Y he de volver a ser la que antes era,
la de Otumba y Lepanto;
hoy doy comienzo a mi triunfal carrera
bajo la mano fuerte de Rivera,
bajo el amparo de tu dulce manto.

Y poderosa y fuerte
me alzaré, sacudiendo de mis ojos
este sopor de muerte
que me ha postrado desangrada, inerte
en mi lecho de abrojos.

Y verán los que muerta me han creído
y me contemplan con desdén ahora,
que es temible, aun caído
un pueblo que te aclama por señora.

DIARIO DEL COLEGIO

13 de noviembre.—San Estanislao, patrón de la congregación menor, por lo que las preparatorias por la tarde tienen vacación, mientras nosotros vamos a clase, dándonos una vez más el desconsuelo de ver que el pez chico se come al grande, contra lo que dice el refrán.

18, domingo.—Concertación de los menores, con sus conatos de representación dramática. Todos estuvieron muy felices, por lo que los felicitamos. En este día se nombró la Junta de la Congregación menor. Por la tarde hubo desafío entre los equipos 3.^a y 1.^a, empatando a 4. Se ve que la 1.^a empieza a ganar terreno. De seguir así al primer encuentro es fácil que quede vencedora.

22.—Santa Cecilia, patrona de los músicos, de los que este año hay bastantes. La banda aunque aún no se ha estrenado, se prepara para hacerlo dignamente y este día obsequia al colegio con algunas piezas de su repertorio. Por la noche hay banquete para los músicos y tiples, después de un apetitoso entremés de media tarde.

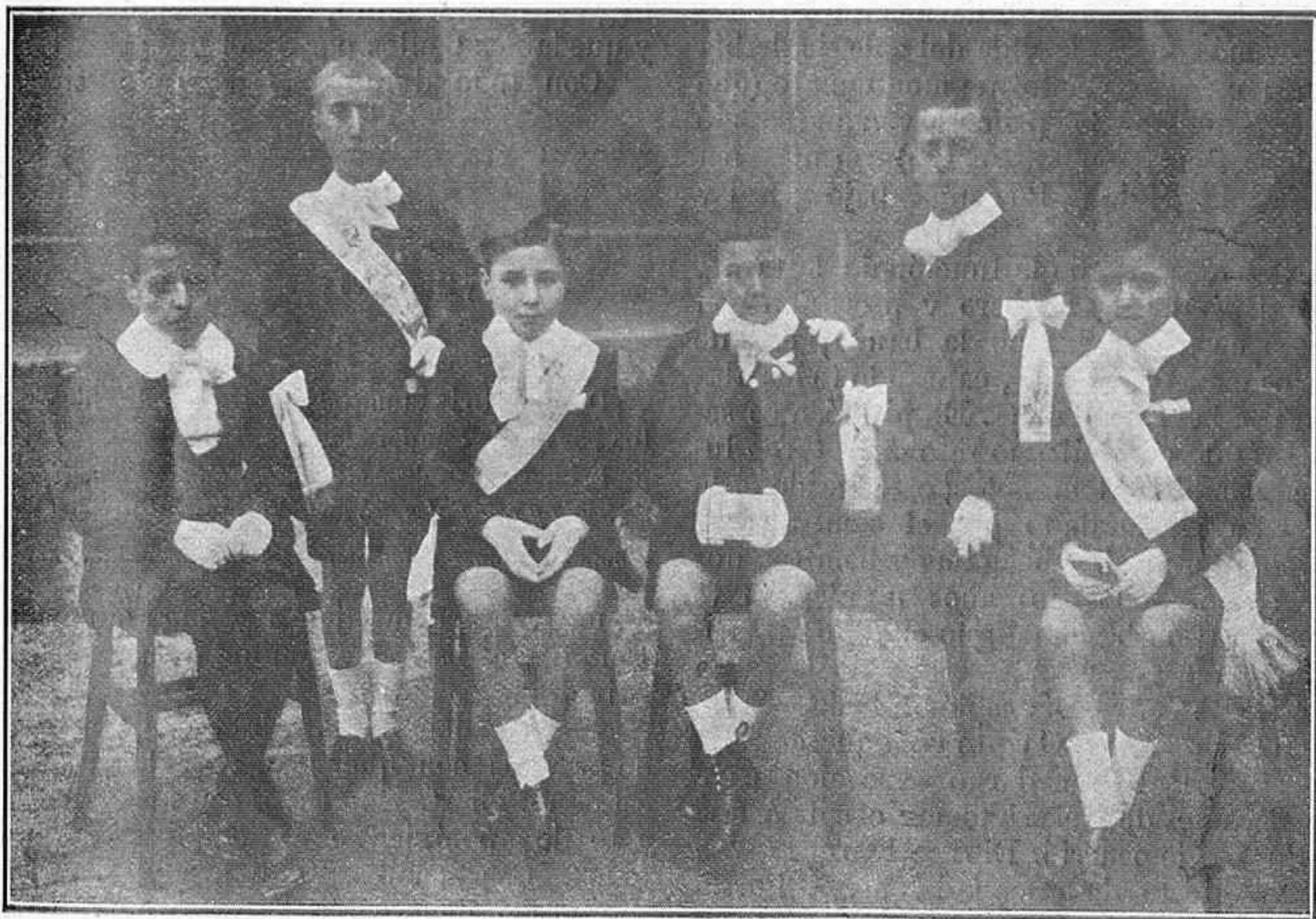
25.—Distribución de premios y procla-

mación de dignidades. Todos conocen las circunstancias del acto, que es el más entretenido de los de todo el año, digo, excepción hecha del último, por razones que se callan. Las dignísimas autoridades del directorio escolar del colegio quedan consignadas en el número anterior. Algunos quedamos en el partido de la oposición, en espera. Los académicos literarios festejan el acto con un breve y entendido estudio sobre la biblia.

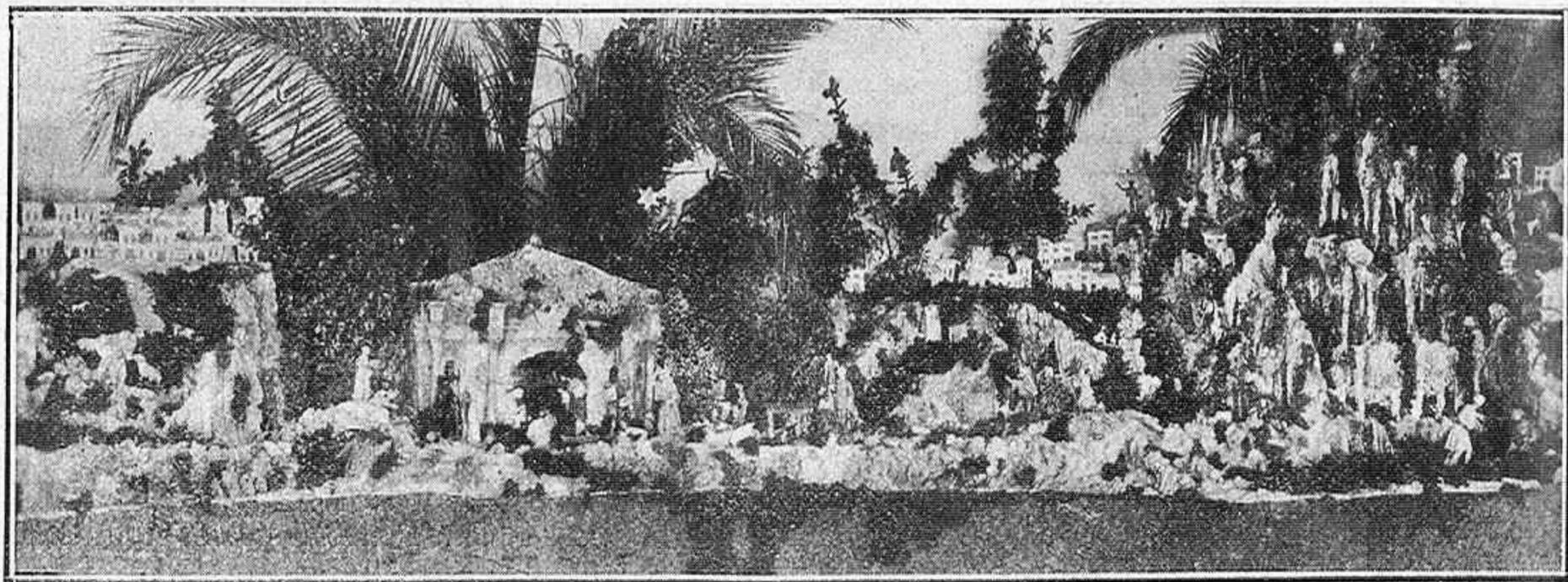
26.—San Juan Berchmans, día señalado para la vacación libre. Lo más sabroso de él fué el rato de cama a la mañana, pues durante el día no hizo más que llover. Parece que el bueno de San Pedro está esperando a una vacación para soltar sobre nosotros todos los cubos de agua que hay en el cielo para el baldeo del piso, y como habían sobrado muchos de la limpieza del sábado, llueve que parece haber entrado una patrulla de afiladores por la carretera de Ceares.

Por la noche una bonita película sobre la estancia real en Cartagena y otra titulada *El secreto del cuarto amarillo*, nombre fantástico, que nos intrigó un tanto, sobre todo a Marino, el gran aficionado a los misterios del cine.

3 de diciembre.— ¡Pobre Hulton! Castigado en clase de Derecho a escribir todos



Alumnos de 1.^a comunión, 8 de diciembre; de izquierda a derecha: Gregorio Fernández, Juan Suarez, Francisco Vicón Rogelio González, Francisco Suárez y Elías Nava.



El artístico nacimiento en el Patronato.—Gijón

los días la lección hasta que cumpla 8 años, y él no sabe cómo arreglarse para poder hacerlo.

8.—La Inmaculada, patrona del colegio. Nada nuevo hubo este año digno de notarse, si no es el percance de un pistolero que dejó mal parado a uno de los contrarios en el desafío de bombas y cohetes entre 2.^a y 3.^a No alarmarse, que no fué nada.

El héroe de la fiesta fué el Sr. Infante, que siempre con miras a darnos gusto y hacernos más alegre la vida del colegio había puesto en el comedor un monumento, (que seguramente es la primera vez que se vió desde la fundación del colegio) con una pequeña imagen de la Purísima bajo dosel y fondo azul raso.

Nada decimos de la función de la tarde, panegírico del P. Barbero y procesión con cantos acompañados de la banda; era de ver los claustros llenos, cantando todas alabanzas a la Inmaculada. El pirotécnico señor Infante en el último rato de la tarde lució con habilidad sus dotes; esto unido a la luz del arco, regulado por el científico señor Moreno, y a las bengalas y bombas, nos hacen pasar todos los años un alegre rato que cierra con broche digno el día de la Inmaculada.

13, jueves.—Día espléndido después de dos meses de agua. Cuánto vá a que no se le ocurre al P. Rector darnos vacación para que vayamos de paseo a tomar el sol. A que sí. Pues se le ocurrió. Dios se lo pague. Vámonos en efecto de paseo a la playa. Por la tarde desafío entre Esparta y los restantes del colegio, ganando aquél, pues es mejor equipo.

16.—Fiesta de los antiguos alumnos, de la cual también nosotros participamos. Por la tarde hubo desafío entre su equipo y el nuestro. Pero de ellos solos jugadores de Gijón; aún así eran muy superiores a nosotros no siendo Rojo; como que hubo quien apostó 6 contra uno a que ganaban ellos y nadie admitió la apuesta. Al principio sin embargo lo hicieron con tal brío los actuales que se sostuvieron con dignidad; pero llegó el primer tanto, empezó el desaliento y quedamos 6 ellos por 3 nosotros.

Con todo durante el segundo tiempo

LA CASA BLANCA

Pí y Margall, 26 y 28; Teléfono, 868

GIJÓN

Durante todo el mes de enero grandes descuentos por fin de temporada.

Primera casa de Asturias en *Canastillas, Equipos de novia y colegiales*, género de punto y lencería.

abundaron los empujones y jugadas sucias y unos y otros decayeron del entusiasmo del principio.

21, viernes.—Por la tarde acto final de premios con que se cierra el curso por este año. El P. Rey tuvo con los suyos un acto de apología que fué del agrado de todos. Los señores Vaullaure y Ladimiro sobre todo, lucieron su hermosa voz, y los señores Villanueva y Miranda sus dotes declamatorias.

El cronista.

A LA VIRGEN DE COVADONGA DESPUES DEL ULTRAJE

La Virgen tenía
un rico joyel,
¡qué lindo sería,
que en recio troquel
ferjole allí un día
sin falso orcpel
la fe y bizarría
de su pueblo fiel!
¡Ah! ninguno había
más rico que él.

Allá en Covadonga
brilló su poder;
la grey sarracena
salió a contener
y altiva y serena
la supo vencer.
Entonces sus hijos
con sus corazones
mil joyas y dones
llevaron allí;
la rica corona,
que al mundo pregona
¡oh madre y patrona!
nuestro amor a tí.

Divina Covadonga
de mis amor;
hicieron en tí presa
viles traidores.
Hoy acudo contrito
yo a tus altares
a ofrecerte sentidos
mudos pesares.

La noche de duelo
llegué al monte aquel;
buscaba consuelo,
piedad hallé en él.

Subía hasta el cielo
el ruego de un fiel;
y ví a la Santina
Virgen de mi amor;
su frente divina
velaba el dolor;
y el pueblo que mora
al pie de su altar;
el ave canora
que entona un cantar,
la fuente sonora
de limpio manar,

me dicen que llora
la Virgen. ¡Callar!
Callad en buen hora,
dejadla llorar.
Que acaso en la noche
de estrellas tranquilas,
cual célico broche
sus santas pupilas
despidan hermosas
lágrimas de amor;
las piedras preciosas
de vivo fulgor,
quedando formada
con llanto amasada
de nuestra patrona
la rica corona
de regio esplendor.

Ya luce, oh María,
tu rico joyel;
ya está soberano
mirándose en él
el pueblo asturiano
que besa tu mano
y llora a tus pies.

Ulpiano Vigil Escalera.



Alumnos de preparatoria que tomaron parte el en'acto del 18 de noviembre.

DESDE OVIEDO

Colegio de San Ignacio

En cinco días, desde la tierra han subido al cielo dos ángeles: eran dos hermanos alumnos del colegio de San Ignacio. El mayor Paquito Moreno, dejó entrar primero al más pequeño, Luisín. Los dos llenos de viveza y de bondad, del colegio de Valdedios se trasladaron al de San Ignacio de Oviedo; y en él desde su fundación hasta el día de su muerte continuaron.

En los primeros días de Octubre sintieron síntomas de infección gripal, de la que participaban otras dos hermanitas.

Luisín llegó a mejorar hasta el punto de venir al colegio en franquísima convalecencia; una recaída le postró nuevamente en cama, teniendo alternativas que esperanzaban. El 12 de Noviembre se declaró en él una peritonitis que le agravó. Se le propuso recibir el Viático y la Santa Unión y Luisín accedió. Recibe estos Sacramentos como en la tierra lo pudieran hacer los ángeles y 27 horas después expiró con pleno conocimiento. Antes de recibir al Señor aceptó la muerte, repitiendo con el P. Prefecto la oración indulgenciada por Pío X.

Paquito, desde el día 13 de Octubre en que se acostó auguró mal de su enfermedad; a los pocos días de sentirse malo mandó llamar al P. Prefecto para que le confesara. *No sabemos lo que podrá ocurrir; estemos prevenidos*, decía. El padre al verle tan sereno ante la posibilidad de morir, después de la confesión general que hizo, le invitó a que aceptara la muerte, si Dios nuestro Señor se la quería enviar; así lo hizo lleno de consuelo. Los de su familia rieron la ocurrencia de preparación tan prematura ante un peligro no soñado, humanamente hablando; pero él decía: *mamá cree que no es nada; pero yo digo que ha de ser mucho*.

Días más tarde el médico analizaba la sangre declarando ser tifus su dolencia. Llamó el enfermo a una de sus hermanitas diciéndola fuera al Colegio con cinco pesetas que él tenía ahorradas y mandara decir al P. Prefecto una misa para que San Ignacio le diera salud. Alguno bromeando le dijo que cinco pesetas para

una misa para un estudiante era mucho dinero; Paquito contestó: *no hay en la tierra dinero con que pagar una misa*.

La fiebre pertinaz no le abandonaba con sus 40.º Hubo de avisársele la conveniencia de recibir al Señor como Viático; desde luego pidió se le administrara y renovó la aceptación de la muerte. Al indicarle el P. Prefecto hiciera un encarguito de su parte a la Virgen cuando entrara en el Cielo, él le preguntó: *¿Cuándo quiere V. que se lo diga? — Cuando la veas. — Bueno; así lo haré*; replicó lleno de seguridad. Pidió agua a su mamá para limpiarse la boca, porque iba a recibir el Viático, decía; y tranquilo, esperó al Señor, que por temor de que perdiera el conocimiento se le trajo sin ostentación en un coche.

A las once de la mañana recibía al Señor que había de acompañarle hasta la eternidad. Con admirable compostura hizo la protestación de la Fé. El sacerdote que le administró, le dijo que si quería la Santa Unción. *No creo haya necesidad; si esta tarde me sintiera peor tráigamela*, contestó sereno. Una indicación de conveniencia que le hizo entonces el P. Prefecto, determinó a que él dijera resuelto: *sí, la quiero*.

El Dios de los pequeños le bendijo; la gente salió de la alcoba y la madre se le acercó con una tacita de leche que él rechazó, porque tenía que hablar con el Niño Jesús, así se lo indicó a su madre; luego ayudado del Padre dió gracias. A los dos días perdió el habla.

Tenía muy dentro que había de morir; lo comprueba este dato,

que, si bien podemos afirmar ser exaltación fantástica, revela hasta qué punto predominaba en él la idea de la muerte próxima.

Pasadas unas horas después de administrado, en un momento de lucidez llamó a su madre y la dijo: *Antonín, el hermanito que se murió, se me ha presentado y me ha dicho que me prepare para ir arriba*.

Ya no es de extrañar cuando unas horas antes de morir, al sugerirle su madre jaculatorias diciéndole: *Paquín, hijo, la Virgen viene por tí*; cruzara las manos pareciendo esperar la presencia Soberana de la Señora y tomando en las manos el Crucifijo le miraba besándole.

Tuvo una agonía llena de dolor; parte la soportó abrazado al cuello de la mamá. Media



Luis Moreno. Falleció en Oviedo el 15 de Noviembre.

hora antes de morir, habiéndosele recomendado el alma, quedó sumido en quietud y su espirar apenas fué percibido.

Parece haberse presenciado la desaparición de un hombre. La muerte de su hermano fué la de un angel; la de éste es como la de un hombre. Es la de un niño de 12 años; pero que hacía ya tiempo tenía manifestaciones de hombre formado, por las preocupaciones que se le notaban; siempre eran las que embargan a personas de más edad que la de Paquito. Con su padre trataba de mejorar el comercio, riéndose sin desprecio de las ocurrencias de sus hermanitos más pequeños. Se dedicaba a entretenimientos de provecho. Grandemente le tenía en cuidado el tiempo que venía perdiendo de curso: *No sé, solía decir durante la enfermedad, cómo me voy a ver, si sano, para adelantar en las clases; sobre todo en algunas asignaturas me costará.*

Era sólidamente piadoso, como por la relación de la enfermedad puede decirse. Otro caso así lo atestigua, la devoción que profesaba a Jesucristo crucificado. Compró un crucifijo y desde que le impusieron muchas indulgencias, como él decía, no sabía separarse de él. Si hacía algún viaje, lo primero que procuraba era que no le faltara el Crucifijo suyo. Durante la enfermedad hizo que se le pusieran debajo de la almohada; y si se levantaba, para acomodarle el lecho, no descansaba si no veía la imagen del Redentor en sitio decente. Al partir el P. Lombó (P. Espiritual que fué del colegio) para China, desocupó su hucha en manos del Padre para que con el dinerillo ahorrado comprara almas.

Tenía colgadas de la cabecera del lecho varias medallas, entre ellas la de la Congregación y no le pareció bien, morir sin tenerlas puestas al cuello, pidiéndolas reiteradas veces por señas, cuando ya no podía con palabras.

Que fuera alumno aprovechado, bien lo dicen las notas de las concertaciones del Colegio, las semanales y los premios obtenidos, como la matrícula de geografía General. No perdió desde que entró en el Colegio la Cruz de honor; era Cuestor de Pobres, y el día de la Purísima de este año ostentaría una de las

mejores dignidades de la Congregación de San Estanislao.

Como miembro de la Academia de San Juan Berchmans, (que el Colegio tiene establecida para fomentar el entusiasmo en los niños por los oficios divinos, ayudando en el altar), fué celoso por el orden, compostura y modosidad entre los acólitos, teniendo verdadero placer el asistir juntamente con su hermano Luis, a los cultos y misas de la capilla del Colegio. La sotanilla roja y el roquete blanco sirvió a los dos hermanos de mortaja; una azucena en las manos y el crucifijo cerca daban la ilusión de dos imágenes de San Luis en el lecho de la muerte.

Esta formalidad tan desusada en la edad de Paquito, no le hizo desdeñoso ni antipático entre sus compañeros, por el contrario era queridísimo por todos.

Algunos de sus compañeros llegaron el día del sepelio hasta el cementerio; al ver echar sobre la caja la última tierra que la cubría, alguno se retiró a lugar donde, creyendo no ser visto, dió libertad a las lágrimas que no podía reprimir: fiel prueba del afecto que hacia el niño bueno y formal sentían todos.

De los adelantos de Luisín, como más pequeño menos se puede decir. En la distribución de Premios de final de curso pasado obtuvo cinco, que remuneraron la buena conducta, aplicación y aprovechamiento del angelito.

El recuerdo entre sus amiguitos y Padres del Colegio está muy vivo; desde el Cielo ellos corresponderán a estos afectos.

La rápida enfermedad y santa muerte de estos dos hermanos son una pérdida irreparable para su cristiana familia, pero también un motivo de esperanza y resignación y de sobrenatural consuelo.

Damos el mas sentido pésame a sus desconsolados padres, que de un modo tan inesperado perdieron a sus queridos hijos; y a los lectores de *Páginas* suplicamos una oración por el descanso eterno de las almas de ambos hermanos.

R. I. P.



Francisco Moreno. Falleció en Oviedo el 20 de Noviembre.

El Caballero Ordoño

(HAZ BIEN A TU PRÓJIMO)

I.

Sobre el año 1321 había un señor en Palencia llamado D. Pedro Ordoño, que acostumbraba salir de paseo todos los días en su caballo; un día no sé cómo se le ocurrió entrar en un bosque, que encontró al paso; después de dar unas cuantas vueltas se decidió a marchar, pues ya se hacía tarde; daba la vuelta, cuando salieron unos seis enmascarados de entre los árboles y le dieron el «alto»; él no quiso defenderse, pues eran seis para uno; le cogieron, le llevaron a lo más espeso del bosque y le hicieron entrar en una cueva disimulada en la pared; lo primero que vió en la cueva fué tres hombres bien vestidos, que no parecían ladrones, vueltos de espaldas a la puerta alrededor de una mesa y que comían y bebían tranquilamente; otros dos estaban de centinelas.

Al llegar el prisionero a la cueva dieron una señal a los que estaban sentados.

—*Aquí le traen*—dicen los centinelas.

El que parecía ser el capitán se puso de pie frente al prisionero. El Sr. Ordoño no pudo ocultar un gesto de admiración diciendo:

¡—Cómo! ¿Soy acaso prisionero del señor Guilleta?

—Así es; le respondió este, que parecía capitán.

—¿Y con qué motivo me trajisteis aquí?, dijo Ordoño.

—Con el motivo de que quiero haceros mi prisionero para...

—¿Para qué? le interrumpió Ordoño.

—Pues para que te rescaten tus hijos; así me resarciré de lo que me debes.

—Y qué quieres por mi rescate?

—Eso ya lo veremos; ahora marchemos de aquí, que corremos peligro. Enseguida cambió algunas palabras con sus compañeros, y a los pocos minutos partieron los doce a caballo. El Sr. Guilleta iba delante, el Sr. Ordoño le seguía, y por fin los demás.

Ya iban por medio camino, cuando tuvieron que tomar un estrecho sendero, pues por la carretera no podían ir porque estaba vigilada; la senda conducía a un espeso bos-

que y decidieron atravesarle. Al pasar por medio de él se le ocurrió al Sr. Ordoño el modo de escapar de la vigilancia de los ladrones, ya que estaba solo Guilleta y los demás iban quedando atrás. Para esto esperó que oscureciera; la noche era muy oscura; serían ya las diez, cuando aprovechando Ordoño la ocasión de echar el alto a su contrario, con un rápido y enérgico movimiento desembarazó los brazos de las ataduras, y echando mano a un pequeño revolver que por milagro conservaba oculto le dijo al otro:

—Ríndete o mueres. Guilleta no tuvo otro remedio que rendirse. Le obligó Ordoño a apartarse por lo más espeso del bosque, hasta que llegaron a un sitio donde no podían pasar a caballo; entonces se apearon y con la misma cuerda que antes le había atado a él, sujetó Ordoño a su enemigo; iba ya a taparle la bota cuando aparecieron unos hombres que debían andar buscándolos. Indudablemente eran los demás ladrones, y uno de ellos se acercó a unos pasos; pero ¡oh sorpresa! en él reconoció Ordoño a uno de sus propios criados, que venían a buscarle, y al frente de todos su hermano Sigifredo. Enseguida les preguntó Ordoño:

—¿No habéis encontrado en el camino a unos ladrones?

—Nada hemos visto, si no es a dos cazadores; los otros se habrán escondido.

Contó a los suyos Ordoño lo que acababa de sucederle y por fin le preguntó a su hermano.

—¿Qué te parece que hagamos de este prisionero? porque me parece que si le soltamos será un enemigo terrible.

—Sin embargo, replicó Sigifredo, soltámosle si te parece bajo palabra de honor de que nunca jamás nos ha de hacer daño.

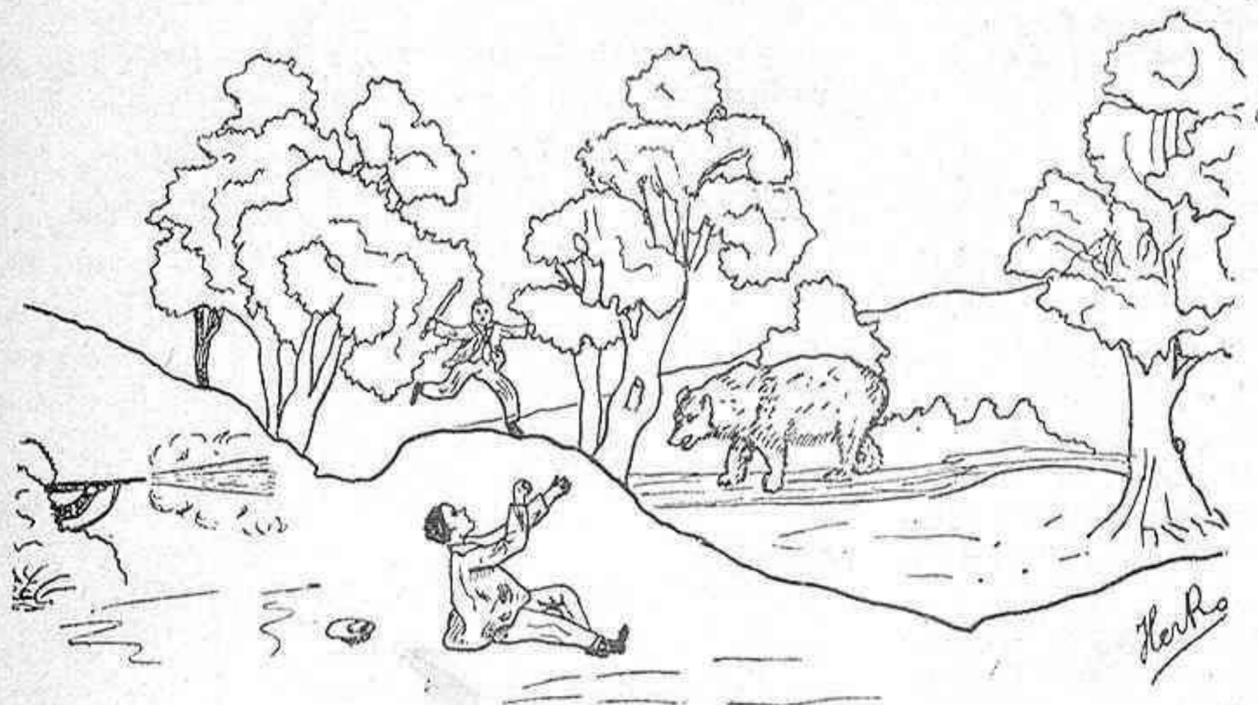
Se acercaron pues al Sr. Guilleta y Ordoño le dijo:

—Eres libre pero con una condición; que nunca más nos vuelvas a estorbar por el bosque.

—Si me soltáis, nunca os estorbaré ni yo ni los míos contestó Guilleta.

Soltáronle, y él después de despedirse muy cortésmente, desapareció al punto internándose en la sombra del bosque.

El Sr. Guilleta no era ladrón; sino que resentido con Ordoño, con motivo de un pleito que perdió sobre una hermosa finca, cobró desde entonces a su enemigo un odio irreconciliable y juró vengarse.



El oso se disponía a despedazarle.....

II.

Habían transcurrido después de estas escenas cinco años, cuando una noche de invierno pasaban por un bosque dos caballeros que no eran otros que Pedro y Sigifredo, que venían de una cacería. La noche era oscura y el viento no cesaba.

—Pedro, dijo Sigifredo, ¿no será mejor aguardar a mañana?

—Sí, pero dónde vamos a pasar la noche?

—Mira, ¿no ves una luz allá a lo lejos? vamos pues allí.

Los dos cazadores se pusieron en marcha. No habían andado 30 pasos cuando oyen un ruido extraño. Ambos hermanos vuelven la cabeza.

—¿Qué es esto? dijo Sigifredo; me parece que...

Un enorme gruñido que retumbó en el bosque le heló la palabra en la boca; a 15 pasos aparecía un enorme bulto.

—Un oso, exclamaron ambos.

—No será lo mejor escapar? dijo Pedro.

—No hay tiempo, veamos si le podemos matar.

Pedro se echó la escopeta a la cara en actitud de disparar.

—Más valía huir, repitió Pedro; con estos cartuchos, más que daño le haremos cosquillas.

Sonó un disparo, al que siguió inmediatamente un aullido de dolor.

—Creo que le he herido, dijo Sigifredo.

—No sé, pero este bicho nos alcanza.

En efecto la fiera se adelantó con increíble rapidez, no había salvación posible; echaron con todo a correr, pero a poco Si-

gifredo tropezó y cayó malamente en un hoyo. — Estamos perdidos, exclamó con desesperación. El oso en aquel momento se disponía a despedazarle entre sus garras.

En esto se oyen dos formidables disparos, y el oso, dando media vuelta se desploma sin vida. Sigifredo que corría en socorro de su hermano se detiene espantado. ¿Quién podía

haber disparado en aquel instante decisivo?

Entonces vieron aparecer detrás de unos árboles un grupo de personas, que se aproximaban rápidamente, guiados por uno que llevaba una luz. A su indeciso resplandor vieron los dos hermanos su rostro y exclamaron.

—El caballero Guilleta nos ha salvado.

En efecto, era el mismo quien se les acercaba; andaba de caza con unos amigos suyos, y habiendo visto el peligro que corrían Pedro y su hermano, acudía a salvarlos, en agradecimiento por haberle ellos perdonado la vida y haberle devuelto la libertad cinco años antes. Ambos se adelantaron a saludar a su antiguo amigo.

—Cómo, ¿es Vd., Sr. Guilleta, dijo Sigifredo, el que acaba de salvarnos?

—Y qué menos debía hacer, cuando en otra ocasión parecida en este mismo sitio me salvaron Vdes. a mí.

—Con todo nos acaba de dar Vd. una prueba demasiado notable de su gratitud.

El Sr. Guilleta los invitó a pasar la noche en su casa, que no se hallaba muy lejos. Llegados a ella, cenaron y estuvieron conversando amistosamente hasta la madrugada, en que salieron ambos hermanos para su casa, acompañados de un criado del Sr. Guilleta que fué guiándolos hasta salir del bosque.

Desde aquel día el caballero Guilleta fué uno de los mejores amigos de la familia Ordoño. El mutuo agradecimiento, y el recuerdo de pasados favores unió aquellas personas que parecían irreconciliables.

MANUEL FRESNO,

de 2.º de comercio, Gijón.

BIBLIOGRAFÍA

47.—**Vivir de amor**, por Aurora Lista. Un tomo en 8.º de 144 páginas con varios grabados intercalados en el texto y cubierta a dos tintas, en rústica ptas. 1,50, en cartóné ptas. 2.—Librería Religiosa, Aviñó, 20.—Barcelona.

Esta novela de la preclara escritora Aurora Lista viene a continuar la serie de sus obras completas que con tanto éxito publica la Librería Religiosa.

La sencillez admirable de su prosa va trazando la vida de unas colegialas que, educadas por unas mismas directoras, escogen, no obstante, caminos bien diversos, que en el transcurso de los años ponen de manifiesto el acierto y felicidad de unas y el error y desventuras de las segundas.

Su contenido del todo sano hace que sea indicadísima para lectura de las niñas, que acuden todavía al colegio, pues siendo ésta la edad de su formación religiosa y moral, los ejemplos que en ella leyeren les servirán de segura guía en épocas más lejanas.

48.—**Foot-ball...!**, por el Rdo. P. Francisco Finn, S. J. Un tomo en 8.º de 196 páginas, varios grabados intercalados en el texto y una bonita cubierta a tres tintas, en rústica ptas. 1,50, en cartóné ptas. 2.—Librería Religiosa, Aviñó, 20.—Barcelona.

La nueva publicación del Rdo. P. Finn sale a la luz pública en una época indicadísima cuando el juego del fútbol tiene cautivadas todas las voluntades, no sólo de la gente moza sino de la que contempla cómo las energías juveniles encuentran en los lances de este juego alegre solaz.

Novela esta del *Foot-ball...!* llena de vida, movimiento y sorpresas y al mismo tiempo repleta de sanos consejos y preciosas enseñanzas, dirigidas en particular a los jóvenes escolares, pero que sus padres y directores recordarán con gusto y provecho.

Su héroe, el inteligente jugador Enrique Arquer, es al mismo tiempo un modelo de estudiantes, y leyendo su vida se convence uno de que el fútbol es no solo un juego sino un auxiliar poderoso del estudio.

49.—**La Confesión.** *Por qué unos se confiesan y otros no se confiesan.* Tomo VII de las Conferencias de Nuestra Señora de París, del Reverendo P. Félix, S. J. Un tomo en 8.º menor con 270 páginas; en rústica 3,50 ptas., en tela con rótulos oro, 5 ptas.—Librería Religiosa, Aviñó, 20.—Barcelona.

El asunto no puede ser de más importancia, la *confesión*; el remedio de cuantos males aquejan a la Humanidad, el secreto de la alegría íntima, en los momentos actuales casi desconocida, por el abandono progresivo de su práctica; la clave para la resolución de los áridos problemas modernos...

Si la manera persuasiva del P. Félix fuera llevada a los púlpitos por cuantos predicadores tratan no sólo de *agradar* sino más bien de *mover*, estamos seguros que los resultados serían muy otros.

La materia contenida en el presente tomo versa sobre: I La confesión ante la razón. II La confesión ante las pasiones. III La confesión y sus consuelos. IV La confesión y el juicio o los dos tribunales. V El arrepentimiento y sus efectos. VI Confesión y arrepentimiento de la Magdalena.

50.—**La realeza de Jesucristo**, por el R. P. Félix S. I. Versión castellana del R. P. Joaquín Ferrer de la misma Compañía. Un precioso tomito en 8.º de 272 páginas. En rústica pesetas 3,50, en tela inglesa con rótulos de oro, 5 ptas.

Después de proponer el último fin y la eternidad a que la inmortalidad de nuestra alma nos destina: de examinar la gravedad de la prevaricación y de los castigos que la siguen: de lamentar las pasiones que nos extravían, y las prodigalidades en que ciegos por ellas incurrimos, y de mostrar por qué unos van a la Confesión y otros se alejan de ella: convenía señalar la vía luminosa que nos ha de llevar al último fin, a la salvación, que es la bandera de **Cristo-Rey**.—En seis preciosas conferencias, va tratando el autor de la Realeza indiscutible de Cristo; de la oposición que se le ha hecho en lo pasado y se le hace en lo presente; de los deberes que nos impone (creer, obedecer, amar); de la abnegación que nos exige, de la imitación a que nos invita, y proclama el reinado de amor, propio de este soberano Rey de los corazones.

Es libro tan apropiado para enervorizar a los fieles con su lectura, como para inspirar a los predicadores ideas grandes y afectos inflamados, con que a su vez enciendan el fuego de amor que Jesucristo vino a traer a la tierra.

51.—**Postales Religiosas**—Una preciosa serie publicada por el editor Luis Gili, de Barcelona, de asuntos escogidos, en su mayoría reproducción de cuadros de los grandes maestros, magníficas por su presentación. Podrán utilizarse especialmente para la propaganda religiosa, que conviene intensificar más cada día, gracias al precio sumamente económico a que se venden (**Ptas. 8** el ciento y **Ptas. 72** el millar, más **Ptas. 0,40** y **Ptas. 1,30** respectivamente de gastos de envío, por correo, certificado).

Nos informa su editor (Luis Gili, Apartado, 415, Barcelona) que, a título de propaganda venderá colecciones a **Ptas. 2** (25 postales), a las que deberán añadirse **Ptas. 0,30** para los gastos de envío.